

comision, y parando á un mismo tiempo en la ciudad, como encargados de conducir y dirigir las flotas de Nueva España. Don Lope era quien á la sazón residía en México; fué quien trajo aquella en que vino el poeta; quien desde esa ocasión, como ya evidenciamos, hubo de distinguirle con amistad afectuosa, y quien no podía menos de concurrir á la fausta ceremonia del grado.

Con el apoyo del marino ilustre y del venerable Arzobispo, y juntamente con los buenos oficios del curial y del hacendista, prometiase ALARCON el inmediato patrocinio del Virey, des-cogiendo, no sin motivo, las alas velocísimas de la esperanza, y con ellas encaramándose en la rueda no menos veloz de la fortuna.

CAPITULO XV.

Vida y gobierno de México: grande prosperidad y cultura de la ciudad.—Actividad científica y literaria: teólogos, filósofos, juriscultos, repúblicos, historiadores, filólogos, humanistas, médicos, pintores y poetas.—Modelos y estímulos que engrandecían el ingenio de Alarcon.

1609-1610

Obtenida licencia para realzar el perinclito bonete salmantino con la roja borla mexicana, término feliz de lucida carrera, que abría la puerta á los graves cargos de las magistraturas eclesiástica y civil, sintió D. JUAN licita ambicion de alcanzarlos, mereciéndolos. Confundíanse entonces en el juez las facultades de Astrea con las hoy peculiares de la administracion, suponiendo en quien profesaba mejor ambos Derechos, fecunda aptitud para gobernar en paz y concordia los pueblos, sedientos siempre de equidad y justicia.

Muy luego aprendió nuestro licenciado que no le bastaba saber leyes si había de alcanzar una vara ó garnacha, y regirlas bien en su tierra na-

tal; y que le era preciso conocer á fondo su historia, sus costumbres, su constitucion política y administrativa, sus necesidades, sus hombres. Para ello buscó el trato y familiaridad de los repúblicos y sabios, que son al considerado y atento los más provechosos libros.

Compartia la mañana entre la Universidad y la Audiencia; no faltó á las academias científicas y justas literarias que muchas tardes celebraban los colegios y monasterios; y en no pocas le hicieron suyo los teatros, donde se lucian raros poetas, como el aventurero sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, ó farsantes discretísimos, convertidos en bobos, para arrancar del más adusto la risa y tenerlo embobado. Incitábale con efecto la ocasion, anunciándose:

Fiesta y comedias nuevas cada día,
De varios entremeses y primores,
Gusto, entretenimiento y alegría.

No le atrajo tanto lo que llamaban la taberna, y ahora café, harto provistas del espumoso licor de Rota y Luque, y de frescas bebidas muy azucaradas y golosas. Preferia dar una vuelta por las gradas de la catedral y por los alegres soporales de la inconmensurable y riquísima plaza que ante ella se extiende, cuatro veces mayor que la de Madrid. Allí el lugar de cita y reunion cons-

tante de españoles, mestizos, indios, negros y mulatos: y en verdad que era deleitable espectáculo el de tan várias figuras, rostros y semblantes, lenguas tan diversas, tan peregrinos trajes, intereses, opiniones y aun religion tan encontrados. ¡Hermosa vista la de aquellas infinitas hileras de puestos de fruta riquísima, colocada en lechos de trébol y juncia, entre suchiles ó ramilletes de rosas, donde no se cansaba de contemplar Bernardo de Valbuena:

La verde pera, la cermeña enjuta,
Las uvas dulces de color de grana,
Y su licor, que es néctar y cicuta;
El membrillo oloroso, la manzana
Arrebolada, y el durazno tierno,
La incierta nuez, la frágil avellana;
La granada, vecina del invierno,
Coronada por reina del verano,
Símbolo del amor y su gobierno;
En fin, cuanto al sabor y gusto humano
Abril promete y Mayo fructifica!

Y en el centro de la plaza, en el mejor cuartel, ¿quién no habia de perderse por las entoldadas callejuelas de aquella hermosa alcaicería de sedas, perlas, joyas, oro y grana? ¿Quién podrá decir de sus bien abastecidas tiendas de loza de Sangley, tejidos del Japon, ámbar del Malabar, olores de Pancaya, granates de Ormuz, te-

las de Cambray, ricos vasos de bruñida plata, y vajillas cinceladas de oro, emulando á Florencia, Luca, Génova y Milan,

Donde el ser mercader es excelencia?

Pero ningun esparcimiento más agradable á los mexicanos que el de ruar en tostado alazan ó remendado overo por aquellas derechísimas calles, de una legua, ginetes de ambas sillas, de suma destreza y apostura, envueltos en seda y caireles de oro, con sombrero jarano, blanco y de ancha falda, empuñando largo baston y haciendo gala de muy vistosa plumeria. Gustábanle á nuestro licenciado esos nobles y sanos ejercicios de la gineteta y de la brida; y como huyese de sacar á la vergüenza su ridícula persona por las calles más públicas, incorporábase con ancianos é ilustres caballeros, espoleando á su troton hácia el Salto de Alvarado y puente del Zacate. (148)

Pues en todos aquellos sitios, en todas partes y á cada hora se hallaba entre hombres de ciencia y experiencia, singularmente en la del corazon humano, que decimos ciencia del mundo, faltando la cual se navega sin brújula por el borrascoso mar de la vida.

Nunca hubo, como entónces, ni ha vuelto á haber en Nueva España tan pasmosa multitud

de varones doctísimos en cuantos ramos abarca el humano saber, nacidos allá ó avecinados, españoles ó procedentes de Alemania, Italia y Flándes, que hacian de México la Aténas del Nuevo Mundo. En ningun tiempo, como en aquel, fué más grato y llevadero para la sociedad el continuo y virtuoso trabajo, por quien logran salud el cuerpo, engrandecimiento el espíritu, paz y felicidad las familias, y prosperidad y sosiego las naciones. Jamás con igual discrecion proporcionaban descanso á la ordinaria fatiga ejercicios más honestos y agradables, y nunca se puso cuidado más exquisito en vigorizar la imaginacion y nutrir el entendimiento con enseñanzas sólidas y fecundas.

Poblaba la piedad los templos, y disponiase el espíritu para cosas grandes, ahora oyendo en el convento de San Agustin declamar en lengua española ó mexicana, contra los vicios, á Juan Mijangos, doctor filósofo y teólogo, celosísimo de que los padres edueasen bien á los hijos; (149) ahora, en la Compañía de Jesus, al Ciceron mexicano Juan de Tovar, profundo y elegante en el idioma *teotlactolí* de los indígenas, y sagaz historiador de los antiguos reinos de Tlacopan, México y Acolhúa. El prior de Santo Domingo, Fr. Luis Vallejo, era ornamento supremo de todas las grandes festividades; y sus religiosos Fran-

cisco de Arévalo, andaluz, y el criollo Gerónimo Rubioñ enfervorizaban la venturosa ciudad, juntamente con Pedro de la Cueva, nieto de los primeros conquistadores de Oaxaca, y autor de bien ordenada gramática de la lengua zapoteca; varon insigne, cuyo nombre servia de término de comparacion al celebrar á un orador consumado. Por ultimo, el sayal franciscano honrábase en el Demóstenes guatemalteco Fr. Pedro Tovilla, natural de Chiapa, sin rival en la elocuencia. (150)

No ménos resplandecia la del foro, cultivada por jurisconsultos como D. Rodrigo de Aguiar y Acuña, luego oidor de México, y al fin consejero de Indias, á quien, por su dominio en la especial legislacion americana, llamaban el Triboniano del Nuevo mundo. Y ejemplo y estímulo excelente habia de ser aquel Juan Cano, que dijimos, de tan recto juicio, tal erudicion en ambos Derechos y de tan feliz memoria, que dándole un caso práctico, citaba la ley donde se hallaba previsto, y vice versa. Tres meses ántes que ALARCON se ufanase con el título de licenciado, recibió Cano la borla de doctor en su patria, á 1.º de Diciembre de 1608, el mismo dia en que se posesionaba de la cátedra de prima de Leyes; y, ¡preferencia hasta allí no vista! por hacerle honra, asistieron los oidores de la Audiencia, tomando papel y pluma, como los escolares, y es-

cribiendo el primer párrafo que les dictó desde la cátedra. (151)

¡Qué hombres tan eminentes hubo de tratar ALARCON asistiendo al claustro de la Universidad, á las academias de los jesuitas, y á patriarcales reuniones de sabios en los feraces huertos de los Franciscanos, Dominicos y Agustinos, á la grata sombra de altísimos cedros y laureles, bajo florido pabellon de simbólicas pasionarias! Aquí admiraba la ciencia que se eleva hasta el Hacedor Supremo, cubriéndose los ojos con la veneracion, el anonadamiento y el amor, como los serafines con sus múltiples alas, en un doctor Juan López Agurto de la Mata, colegial mayor del de Todos Santos, que escribía sobre los misterios de la Trinidad y Encarnacion del Verbo, y á cuyo mérito habian de ser debida corona las mitras de Puerto-Rico, Venezuela y Caracas. Allí conoció al dominico Fernando de Bazan, asombro de la Universidad literaria, comentando la *Suma* del Doctor Angélico: allí á Pedro de Hortigosa y Pedro de Morales, expositor y de gran pericia en Leyes, uno y otro jesuitas, manchegos ambos, y consultores en el concilio mexicano tercero; á Nicolás de Arnaya, padre y maestro de todas las regiones septentrionales de América, enriquecidas con su ejemplo y doctrina, y á quien se debe la hermosa version española del

libro de la *Imitacion de Cristo*; y, en fin, á Diego López de Mesa, escogido por San Francisco de Borja para fundar en Nueva España la Compañía de Jesus, sacerdote que, por estos dias, cuando le oyó ALARCON, frisaba en los sesenta y cinco años. (152)

Muchas veces, en las breves horas de esparcimiento y descanso de los religiosos, que hasta relucir la estrella de la tarde se paseaban, con lo más cristiano y docto de la ciudad, por los amenos bosques de paltos y ceibas, á la márgen de las lagunas, pudo asistir á sus eruditas conversaciones, escuchar sus dudas y consultas en materia ethnográfica é histórica, y adónde llegaban de sus tareas en restaurar y conservar preciosas reliquias de lo antiguo, ó en no permitir que por incuria y abandono se olvidaran los sucesos del siglo XVI, organizador y civilizador de suyo en aquellos estados. Fray Juan González de la Puente desvivíase por atesorar noticias para su *Crónica de la provincia de Agustinos de Mechoacan*, y el docto y ejemplar Juan de Santa Ana para su libro de la *Vida y hechos de los primeros religiosos de San Francisco en México*. El dominico sevillano, Cristóbal de Cháves Castillejos, dedicado á la enseñanza de los indios mistecos, á un mismo tiempo bosquejaba la *Historia de la provincia de San Hipólito, mártir de Oaxaca*,

patron de México, y la de las *Primeras colonias de Indias*, discurriendo sobre el origen de los indios. Y el indio cacique, Pedro Juárez, hijo de aquella ciudad y sacristan de su parroquia de S. Pablo, extendia un útil *Memorial en lengua mexicana de cosas memorables*. (153)

Gran contentamiento y gusto recibiría quien acompañase en estos admirables ocios al franciscano Juan de Torquemada, el Tito Livio de las regiones septentrionales de América, tan diestro en labrar la oportuna calzada de San Cristóbal, de que se hizo mencion en otro capítulo, como en investigar las más recónditas antigüedades de Nueva España, sus memorias, usos, religion y costumbres. ¡Qué impetuoso raudal el suyo de interesantes noticias! ¡qué manera de exponer todo cuanto conduce á formar cabal idea de un pueblo, de una civilizacion! Sucesos históricos, religion y leyes, trajes y edificios, artes é industrias, públicas diversiones y entretenimientos, nada esquivá, nada olvida; solo huye de ignorante palabreria, y goza en la ingenuidad y sencillez: veinte años, trabajando sin tregua, consumió en su libro de la *Monarquía indiana*. Por extremo deleitable, seguramente, habria de ser verle por aquellos huertos conversar mano á mano con el indio Domingo Chimalpain, descendiente de los antiguos caciques, á la sazón ocu-

pado en estudios análogos y en conferir los monumentos con las tradiciones y recuerdos de sus mayores. Escribía en castellano la historia de su patria, México, hasta el año de 1526; y en lengua nahuatl, ó sea mexicano docto, la conquista de Hernan Cortés, la crónica de la gran ciudad, desde 1068 á 1597, y varias relaciones de apartados siglos. En los porvenir un nuevo Rafael de Urbino diseñará junto á esos dos egregios varones la figura de D. Antonio de Tovar Moctezuma Ixtliljochitl, descendiente de las casas reales de México y Alcolhucan, dispuesto á ceder á las instancias del Virey D. Luis de Velasco, y á ofrecerle bien ordenadas memorias de la genealogía y descendencia de los reyes mexicanos y de los príncipes de Tetzeuco. (154)

Ultimamente, el mismo galano artífice que en esos venideros siglos dorados haya de pintar el cuadro de la benéfica y sin igual civilización española en tan apartado hemisferio, sacará de entre ásperos y solitarios breñales á cuatro personas religiosas que á lo léjos diviso: cuál de sotana y manteo, cuál de pobre y deshecho hábito, cuáles de luengas tocas, pomposas y limpias, y todos ellos de aspecto muy dulce y caritativo. El jesuíta Pedro Gravina, italiano, es el primero, que sabe con la mayor perfección cuatro de las veinte lenguas indígenas de Nueva España, tan

opuestas y diferentes entre sí unas con otras, como lo son del alemán el persa, y del francés el eslavo; en dos de ellas ha compuesto arte y vocabulario. (155) Es otro el franciscano Juan Bautista de México, profundo teólogo, buen latino y muy diestro en la castellana lengua, que á la suya patria nahuatl traduce el *Kempis*, y en ella, para recreación y enseñanza de los indios, escribe muy tiernos *dramas espirituales de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Fué maestro de aquel maravilloso historiador Torquemada, con quien ántes nos encontramos, y se le debe la prosperidad de los estudios en el imperial colegio de Santa Cruz de Tlatelulco, erigido para educar á los indios nobles. Aunque de cincuenta y cuatro años, en este de 1609, anda achacoso y no se promete larga vida. (156) Acompañale Martin de Acevedo, fraile dominico, indiano también, y también cristiano ingenio, cuyos importantes *dramas alegóricos* en lengua chocha, y *autos sacramentales* en lengua misteca, solicita poseer la librería del convento de Oaxaca. (157) Fray Gerónimo Larios, el postrero de todos, en cuyo hábito resplandece el escudillo de la Merced, partido por medio, arriba la cruz de plata, y abajo las cuatro barras sangrientas de Aragón, merece aplauso por ministro de los indios ma-

mes de Guatemala, y primero que les ha predicado en su lengua, de la cual publicó en México una curiosa gramática en 1607. (158)

Así por aquellos dias continuaban útiles hombres la hermosa tarea que otros muchos religiosos españoles diligentes y sabios acometieron de estudiar tan extraños idiomas, indagar si por aventura reconocerian un tronco mismo comun, aunque el estudio hizo ver lo contrario, conservarlos é inventariar escrupulosa y átinadamente sus palabras. Con ello facilitaron inmenso tesoro de noticias á la filología comparada, que en algun tiempo ha de rendir sazoadisimo fruto.

El filólogo encuéntrase en aquellas lenguas con un inesperado caudal de exactas voces hebreas, púnicas y griegas; en muchos lugares, con una conjugacion del verbo muy parecida á la del vascuence; con no pocas radicales chinas en el idioma otomí; con que los doce meses de los mexicanos tienen los mismos nombres que los doce signos en el zodiaco japonés, tibetano y mogólico; más aún, con que desde el atlántico al Pacífico se llamaba á Dios *Teotl*, casi de igual manera que le decian los griegos (*Θεός*); y á los templos *teo-cal*, *teo-pan*; esto es, *casa*, *lugar de Dios*. Sorpréndese el arqueólogo hallando fortificados esos templos y distribuidos al estilo que el de Salomon, y hechos arsenales de armas

cual lo estaba el de Baal Berith, que entregó al fuego Abimelech; contempla gigantescas pirámides como la de Cheops, ó como la de Belo, toda de ladrillo y de un estadio de altura; y cuando las registra, se imagina estar leyendo la descripción del templo de Júpiter Hammon en la pluma de Herodoto y Diodoro de Sicilia. Pasman al anticuario las colecciones de Uhdé, Corroy, Hertz y del museo mexicano, porque en los vasos de barro descubiertos junto al lago de Tetzucuo y en el Yucatan, ve el arte de los etruscos, y muy claramente divinidades egipcias, griegas y aun romanas. Las antiquísimas pinturas de los tlaxcaltecas y aztecas nos dejan llenos de asombro, ofreciendo á nuestros ojos con vivos colores la primera mujer junto á la serpiente en el Paraíso terrenal, y detras la fiera lucha de sus dos hijos; en otro lado el diluvio, Tospí librándose en una gran nave con su mujer, hijos, los animales y semillas; el buitre que no vuelve al arca, y el colibrí que regresa con una ramita verde en el pico; la confusion de las lenguas, la dispersion de las gentes; y en medio del Océano extrañas embarcaciones, que del Oriente vienen á poblar aquel nuevo mundo. Varios teocales, de diez y doce siglos de antigüedad, ostentan aún esculpido en lo más retirado y principal del sagrario el signo de la Cruz, ya sola, ya entre figuras que

la rinden adoración; y este signo llevaba los nombres de *Quiahuitz-teotl*, *Chicahualiz-teotl* y *Tonacaquahuill*, que valen: *Dios de la lluvia ó salud*, *Dios de la fuerza y pujanza*, y *Arbol del alimento y de la vida*. Espantó á los descubridores de América observar allí, aunque muy desfigurados, no pocos ritos de índole cristiana, como vigiliás, ayunos, confesion auricular, eucaristia de pan horribilmente mojado en humana sangre, monasterios y procesiones; discordando con bárbaras costumbres religiosas, que ponian de manifiesto la reñida lucha entre un culto primitivo y simbólico, de paz y de campestres deidades, y otro posterior de sanguinarias y exterminadoras. (159) Al considerar tan congruentes y eficaces datos, exclama el baron de Humboldt: «La comunicacion entre el Viejo y el Nuevo Mundo inútilmente se intentará poner en duda: evidénciase por las cosmogonías, por los monumentos, por los jeroglíficos, por las instituciones.» (160) Y, efectivamente, quien visite la coleccion ethnográfica del Museo arqueológico de Madrid, y halle entre los antiguos despojos del Perú y México vasos como los referidos, y entre armas y trajes el airoso casco de Pálas atenea, considerará las regiones americanas como el fondo de la mar, donde van á caer naves, muebles y pasajeros de todos los si-

glos y naciones. Pero me alejo del sitio en que me hallaba.

Dos muy estimables sugetos veíanse un poco más allá, religioso el uno, seglar el otro; guipuzcoano éste, gallego aquel; maestro teólogo en el imperial de Santo Domingo el fraile, pintor su camarada. Podrian presentarse como ejemplar de cuán libres y erráticas son las humanas inclinaciones, y de cómo solemos abstraernos de cuanto nos rodea, cerrar á ello los ojos, y transportarnos con los del alma á remotos siglos y lugares. Fray Hernando de Ojea, el más anciano, viviendo ya cerca de treinta años en México, no se cuida ni de sus antigüedades ni de su historia, puestos ahincadamente la memoria y el corazon en las orillas del Sil. Gózase en dibujar desde tan alongadas tierras el *Mapa geográfico del Reino de Galicia*, que envió á Juan Baptista Urint, en Ambéres, para que lo grabase; y escribiendo la *Historia general* de aquel reino, la curiosísima *del glorioso Apóstol Sant Iago, Patron de España, de su venida á ella, de la grandeza de su Iglesia y órden militar*, y un *Tratado de la nobleza española*.

El pintor (pintores también su mujer y sus hijos, pero de graciosas y animadas perspectivas) intitulábase de esta manera: «Baltasar de Echave, natural de la villa de Zumaya, en la

provincia de Guipúzcoa.» De él para nada se acuerdan nuestros historiadores de Bellas Artes; y sin embargo, sus lienzos de Santa Isabel de Portugal y Santa Rosa de Viterbo llaman la atención por la transparencia y viveza del colorido, inspirado en la escuela sevillana. En cambio, le otorga decoroso lugar la república de las letras, al par de los más modernos Larramendi y Astarloa, por sus notables *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra*, que salieron el año 1607 de la imprenta del buen Henrico Martin, con retrato del autor, hecho por él mismo, ostentando en su mano el pincel y la pluma. Introduce allí la lengua eúscara en forma de matrona, que se queja de que, siendo la primera que se habló en España, y por toda ella generalizada, la hayan venido á olvidar sus naturales. (161)

Entretanto, solo á manejar los colores que roban su luz al sol y su hechizo á la naturaleza, vivían dedicados el gran Concha, el celebrado Franco y el diestro Cháves, á quien llamaban el del pincel divino, juntamente con su mujer y su hija; aquella, en la hermosura, Marcia; y ésta, en la gracia y buen aire del dibujo, émula de Irene la del ateniense Cratino. (162)

CAPITULO XVI.

Donde concluye la materia del anterior.

1609-1610

El cerco de los médicos, dejada la mula, pero no los guantes, era de oír trayendo á un compás las estrellas y las plantas, los coluros y los tabardillos. Envaneciáanse por aquellas calendas con la pomposa denominacion de *filósofos, médicos y astrólogos*; y si bien todos ganaron más con los enfermos que los enfermos con ellos, no carecían de ingenio, de aplicacion y doctrina. El Dr. Cárdenas, catedrático de visperas, daba en este año de 1609 á la estampa un suculento libro *Del chocolate, qué provecho haga, y si es saludable*. Damian González de Cueto, mexicano y también catedrático, habia ocupado poco ántes las prensas de nuestro inolvidable hidráu-